

EL PELIGRO DE UNA PROLONGACIÓN DEL CASTRISMO

Por

Jorge A. Sanguinetta

El informe que acaba de producir el Instituto de Estudios Cubanos y Cubano-Americanos de la Universidad de Miami bajo el título “Sucesión Sí, Transición No” presenta un escenario pesimista sobre el futuro de Cuba. Los elementos de análisis puestos a contribución en este breve informe están basados en las informaciones disponibles actualmente. Se citan, por ejemplo, la aparente ampliación de los poderes de Raúl Castro y de los militares en la economía, la dependencia creciente en la ideología y el antiamericanismo, los subsidios de Hugo Chávez y el desmantelamiento de las mal llamadas reformas económicas de principios de los noventa.

Por supuesto que estos elementos representan lo que es visible de los acontecimientos en Cuba y sobre esta base hay que decir que dicho informe es realista. Sabemos muy bien, sin embargo, que el carácter hermético y represivo del régimen impide conocer la evolución de otros factores que pueden jugar un papel determinante en el futuro del país. Entre tales factores está el verdadero pensamiento político de los muchos funcionarios del gobierno que desean cambios democráticos pero que no se atreven a expresarlo. Nadie puede responsablemente afirmar cuáles de las variables ocultas se manifestarán a favor de la democratización del país y cuáles por otras tendencias. Independientemente de que aceptemos o no las conclusiones pesimistas del informe del Instituto, creo que es válido plantearse las terribles implicaciones de una posible prolongación del castrismo, por muy desagradable que sea examinar semejante contingencia.

Todos los cubanos sabemos lo costoso que resulta oponerse abiertamente al gobierno mientras se vive en Cuba. Si, por otra parte, la mayoría de los cubanos creen que las condiciones de vida en Cuba mejorarán automáticamente con la desaparición de Fidel Castro y que tal desaparición está a la vuelta de la esquina, es obvio que lo racional es no actuar por un cambio en Cuba y esperar que la naturaleza siga su curso. Pero ¿y si el dictador vive diez o quince años más? ¿O si tiene sucesores que puedan extender la vida del totalitarismo por varias décadas como prevé el informe de la Universidad de Miami?

Los cubanos residentes en la isla tienen que examinar seriamente esa horrible contingencia. Sucesión sin transición significa para ellos una vida precaria y sin esperanza, bordeando la indigencia, bajo la humillante tutela de una dictadura y con libertades individuales aproximándose a los de una gran prisión. ¿Están los cubanos conscientes de lo que les espera a ellos y a sus hijos si el castrismo se prolonga indefinidamente? ¿Qué clase de ciudadanos podría conformarse dócilmente con semejante destino?

Las manifestaciones de rebelión en Cuba no han cesado un instante desde el mismo comienzo del castrismo, incluso cuando todavía existían grandes núcleos de población que apoyaban e idolatraban al dictador. Muchos cubanos no se dejaron engañar por Castro y tuvieron la visión, la osadía y el valor personal de alzarse contra él en defensa de su propia dignidad y de las libertades ciudadanas. Pero nunca tuvieron éxito, decenas o cientos de miles murieron o cayeron presos. Yo creo que una razón fundamental de esa debacle fue la insuficiencia organizativa de sus esfuerzos. La capacidad de organización no es una de las fortalezas de la cultura cubana como no lo es en muchos otros países. Desafortunadamente, los cubanos no se organizan con facilidad, aún cuando sus intereses comunes sean fuertes motivos para organizarse y perseguir alguna acción colectiva. El gran desafío al que se enfrentan hoy nuestros compatriotas de la isla es que tienen que aprender a organizarse para poder combatir eficazmente la organización de las fuerzas totalitarias. Pero ¿qué incentivos tienen los cubanos para organizarse de esa manera?

El principal es que una masa crítica desee intensamente mejorar sus condiciones de vida y esté dispuesta a demostrarlo con acciones. En segundo lugar, que esa masa crítica se convenza de que un cambio de gobierno difícilmente ocurrirá sin que los cubanos de la isla lo propicien. En tercer lugar que se enfrenten al peligro potencial de la prolongación del castrismo. Y en cuarto lugar, que confíen que la acción colectiva de los cubanos en la isla es probablemente el único camino hacia su liberación.

La aparente docilidad con que grandes masas de cubanos se han dejado movilizar en manifestaciones organizadas por Fidel Castro se interpreta en muchos círculos internacionales como una medida de aceptación tácita del dictador. Esta noción se refuerza por la falta de manifestaciones continuas y contundentes de oposición interna a Castro. Las firmas del Plan Varela y la Asamblea del 20 de mayo son amagos aislados, importantes pero insuficientes. La comunidad internacional no hará mucho sin que existan mayores manifestaciones de oposición dentro de la isla.

Es hora de que los cubanos de todas las geografías abandonemos la ilusión de que la muerte del dictador traerá la democracia a Cuba como por arte de magia. Hay que enfrentarse a la real y dolorosa posibilidad de que el castrismo se extienda por muchos años más, con Castro o sin él, para ver si los cubanos acaban de adoptar las estrategias y las acciones que los haga merecedores de su libertad.

Miami, 20 de junio de 2005.